

Nº 615

22

Abril

2022

Viernes



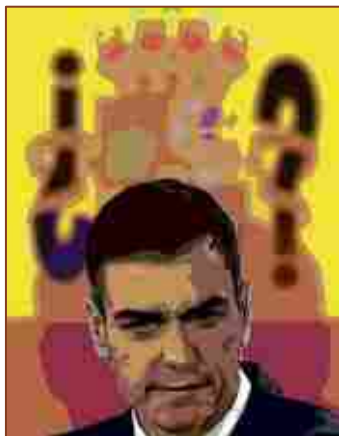
El zascandil

Emilio Álvarez Frías

De antiguo se viene considerando que una persona es zascandil cuando presta poca atención a la delincuencia y a la estafa. Por cuyas acciones surge la palabra etimológicamente; es decir, cuando ¡zas!, el interfecto le daba un golpe al candil (utensilio que, como sabemos servía para alumbrar) con el fin de apagarlo para no ser descubierto. La RAE lo ha dulcificado y considera que es zascandil la persona de poca formalidad, inquieta y enredadora; además de hombre astuto, engañador, y por lo común estafador. El pueblo llano da la calificación de zascandil al hombre que va de un lado a otro sin hacer nada de provecho; incluso lo suelta considerando despreciable, ligero y enredador a la persona que se lo endilga.

Tomando unos y otros conceptos, mezclando los del pueblo soberano y los que adjudica la Real Academia de la Lengua, y analizando los manejos y las andanzas de Pedro Sánchez, no cabe duda de que hay que considerarlo un zascandil de tomo y lomo. No es que a nosotros y a un porcentaje muy elevado del pueblo español nos cause más o menos una cierta tirria, es que, como también dice la RAE, produce un profundo sentimiento de antipatía hacia al-

guien o algo, especialmente cuando el alguien se comporta como un ser injustificado o irracional, y, en el caso que nos ocupa, ese sentimiento se aprecia en la persona de Pedro Sánchez.



A la vista está. Cada vez que habla suelta alguna sandez, presenta los hechos al revés de como son, cuenta sus historias como si estuviera en un parvulario, se confunde, dice sobre la política que intenta sacar adelante su Gobierno lo contrario a lo que manifiestan sus ministros, cuando no sabe lo que decir se monta en el Falcon y va a hacer una visita, ya sea a Rabat o a Kiev, ya tenga algo que decir en el lugar

de destino o simplemente hacerse la foto, va soltando dádivas sin que sean aprobadas por los organismos correspondientes, o vendiendo España sin contárselo al Rey o al Parlamento. Y, como un perfecto zascandil, se va comportando por todos los foros a los que tiene entrada como persona de poca formalidad, inquieta y enredadora, tratando de engañar –consciente o incons-

cientemente— a la concurrencia, estafando con amaños a la población que depende de sus actos, y hasta cometiendo delitos ya que en no pocas ocasiones se salta las leyes que él mismo ha patrocinado, o las que le vienen de antes.

Naturalmente, en un zascandil que, según cuentan algunos, anda buscando su salida de España para encumbrarse por la esfera mundial, que maneja como un tahúr las cuestiones de gobierno, no puede uno confiar para nada. Ni aunque te de un caramelo. Ya que trata de engañar a todo el país, oculta todos sus actos, tal como gastos en viajes y veraneos, asistencias a actos del partido y lo que se le ponga por delante, con la cantinela de que sus manejos son secretos de estado. Y, como es evidente, y casi diario, entre sus trapicheos están las promesas de todo lo que le pidan los separatistas a cambio de seguir en el sillón monoclovita, ya sea sobre conceder beneficios a los presos de ETA.



Pasada la celebración de la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, nada mejor que echar mano de nuestros botijos para combatir la amargura que nos produce la visión del panorama que se presenta ante nosotros. La pieza que traemos hoy es, sin duda, enormemente original, con dos bocas iguales y sin el clásico pitorro, desconociendo su origen, lo que suele ser frecuente en cerámica.

* * *

El vale quien sirve de Enrique de Aguinaga

Manuel Parra Celaya

Se nos ha muerto Enrique: Enrique de Aguinaga. A punto de ser centenario, pues nació en 1923, fue testigo de excepción de una larga peripecia de la historia de España. Gustaba definirse como *símbolo de la reconciliación*, y tenía fundadas razones para ello: la muerte prematura de su padre, republicano y amigo de Félix Gordón Ordás, y de sus dos hermanos, Álvaro y Enrique, cada uno caído en un bando distinto en nuestra guerra civil y luego



reunidos sus restos en una misma sepultura en Gijón, y, sobre todo, su condición de joseantoniano desde su adolescencia barcelonesa.

Algunos medios informativos se han hecho eco de su fallecimiento y, en breves artículos (creo que algunos sentidos) han destacado su gran labor como periodista y

maestro de periodistas durante más de cincuenta años, así como sus numerosas distinciones y nombramientos, entre los que destaca su carácter de Decano de los Cronistas de la Villa de Madrid. Lo que ninguno de los obituarios menciona es esa constante identificación con el pensamiento y la obra de José

Antonio Primo de Rivera, los libros y artículos escritos sobre el Fundador y, en consonancia con ello y por sus propias vivencias, su cariño a Cataluña. Sirvan estas líneas para compensar este vacío de sus panegiristas póstumos.

Conocí algunos de sus escritos hace bastantes años; por ejemplo, aquel «*También la derecha ha fusilado a José Antonio*», que algunos jóvenes barceloneses reproducimos en edición en ciclostil desde el CCH, y lo seguíamos en sus artículos de prensa. Mi contacto personal con Enrique es relativamente reciente, si por reciente se entiende la friolera de casi veinte años; en concreto, fue con ocasión de la conmemoración del Centenario del nacimiento de José Antonio y de la constitución de *Plataforma 2003*. Me entusiasmó, ya no solo la maestría de sus artículos y libros publicados, sino su impresionante capacidad de comunicador en sus exposiciones orales, como en la inolvidable conferencia «*Un tal José Antonio*».

También hay un aspecto que parece haber pasado desapercibido: su tremendo sentido del humor, que mantuvo durante una grave enfermedad, felizmente superada, y que se traslucía en sus correos electrónicos y conversaciones telefónicas hasta los últimos días de su vida; este humor, teñido de socarronería, más parecía propio de un gallego que de un cacereño...

En las *Escuelas de Verano de Plataforma 2003*, tras haberle escuchado en sus magistrales reuniones, solíamos reunirnos en corro nocturno y desenfadado, al modo de los fuegos de campamento juveniles; allí, Enrique cantaba con nosotros viejas canciones, contaba chistes desternillantes y jugosas anécdotas divertidas –todas verídicas– de sus años de periodista en activo y de su relación con personajes y personajes públicos; imitaba a canzonetistas de su juventud y, con todo ello, encandilaba a un auditorio, tan serio en apariencia.



Cada año en que nos reuníamos, insistía en que asistía a aquellas jornadas «*con permiso del sepulturero*» y reivindicaba su condición de «*anciano venerable*» con una sonrisa; evidentemente, lo venerábamos, pero como amigo y camarada entrañable, que hacía gala de su condición de *inasequible al desaliento* como nadie, en compañía de veteranos como él y de jóvenes.

Efectivamente, jamás arrió de su filiación joseantoniana, que relacionaba de forma consecuente con su impronta de reconciliador de las dos Españas que él vio enfrentadas trágicamente y que vivió en sus propias carnes. José Antonio era sobre todo para él un «*arquetipo*», al modo de los *héroes* de Thomas Carlyle; veía en él la encarnación de una forma de vida, de un modo de ser, y de una promesa para España, que, aunque se estuviera viendo dilatada en el tiempo, no dejaría de llevarse a término en el futuro. Y a estas ideas sirvió a lo largo de toda su larga existencia, pues entendía que «*la vida no valía la pena vivirla sino era al servicio de una empresa grane*».

Hizo, pues, de su vida un *permanente acto de servicio*, y merece, como indica el título de estas líneas, el *Vale Quien Sirve*, lema de la Organización Juvenil Española, que procede de la norma de una antiquísima estirpe de la nobleza, aquella que tenía como consigna permanente *ser capaz de renunciar a los privilegios, pero nunca a las obligaciones*. *Sirvió* durante toda su vida, sin esperar recompensa alguna, a la idea de España y de su integridad, a la de la unidad de los españoles, en consonancia con las palabras finales del Testamento de



José Antonio. «*Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles*».

No he podido asistir al entierro de Enrique de Aguinaga, y lo siento. Me llegó la triste noticia justo cuando entraba en una

iglesia de Murcia para participar en la Vigilia de la Pascua de Resurrección, de forma que quizás una de las primeras oraciones por su alma fuera la mía. La coincidencia de la fecha de la Resurrección me hace suponer, sin juicio temerario por mi parte, que también Enrique ha resucitado y está en ese Cielo que abrió Cristo como primicia para todos nosotros.

De haber asistido al sepelio de Enrique, me hubiera tenido que contener para dedicarle, no unas lágrimas que a él no le gustaban, sino un aplauso de merecido homenaje por su larga trayectoria de lealtad y de servicio a la Idea.

* * *

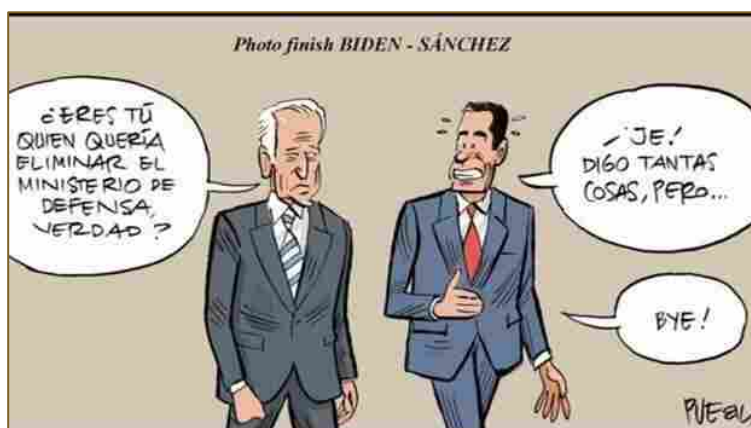
Sánchez y Biden, el síndrome del presidente gagá

Desorientado y sin argumentos, Sánchez se aferra a los viejos hechizos, a las palabras desgastadas que un día le funcionaron con eficacia. Desnortado y perdido, deambula como un zombi rumbo al trastazo andaluz

José Alejandro Vara (*Vozpópuli*)

Cuando terminó su comparecencia, se giró hacia la derecha del estrado y alargó la mano con ánimo de saludar a quien fuera que allí estuviera. No había nadie. Un vacío desolador. Joe Biden saludó a un fantasma y buscó luego, como un zombi, la puerta de salida ante la estupefacción de un público atónito. El presidente de los Estados Unidos protagoniza, desde ya hace tiempo, algunas escenas de este tipo, entre el despiste circunstancial y la creciente constancia de que muestra signos de descoordinación mental. O sea, que está algo gagá. Ya nadie lo ignora, ni siquiera se disimula, aunque en la Casa Blanca se le quita importancia. Es un hombre de 79 años y tiene algunos achaques propios de esa edad. Cierto, es asunto natural y frecuente. El problema es cuando esa persona está al frente de la primera potencia mundial en uno de los momentos más inquietantes, incluso pavorosos, de la Historia contemporánea. No, así no se pudo gobernar ni Estados Unidos ni la guardería de la Casa Blanca.

Cuando Pedro Sánchez, en su entrevista en A3, se giró a su diestra para saludar a «la extrema derecha», ese espectro fantasmal al que siempre recurre cuando huele a urnas, se topó con la nada. El vacío. Eso de la «extrema derecha» es un truco que ya no rula. Ya pasó, no cuele, esa historieta apesta a guisote recalentado, a vieja patraña desportillada e intragable. En su amigable charla matinal con Susana Griso, el presidente del Gobierno dejó al descubierto dos flancos en los que quizás ni siquiera ha caído. Por un lado, cuando habló de gobernar «con lo [que] representa Yolanda Díaz», lo que quiera que eso sea, asumió por vez primera ver el hecho de que no se ve ganador y que va a precisar de la pastorcilla de Pablo Iglesias para redondear la suma necesaria. «Yo sólo no puedo», le faltó decir. Jamás se contempló semejante raptó de humildad, y aun de encendida modestia, en el personaje político más soberbio, altanero y narcisista que recuerdan los tiempos. Y lo más importante, evidenció un vacío argumental tan escandaloso que altos dignatarios del socialismo han empezado a contemplar con escepticismo la labor del grisote Bolaños y los engañosos Migueles (Barroso y Contreras), el núcleo duro y artífices primigeios de la estrategia política del presidente.



Un desastre. Sánchez, inseguro y vacilante, se esforzó en su desempeño habitual como rey del «manzanas traigo», esto es, responder cualquier cosa menos a lo que se le pregunta. En esta ocasión, sin embargo, sus regates resultaron un esfuerzo penoso. La evidencia de un desgaste sin paliativos.

-¿Por qué no baja los impuestos como han hecho otros gobiernos europeos?
 -Puff lo de Rato, pues anda que lo de Montoro. Y los recortes...

-Tenemos la mayor inflación de Europa aunque «la guerra de Putin» es igual para todos.

-Ya pero mire, el PP es el partido de la corrupción.

-España padece el mayor desplome del PIB de la órbita occidental.

-Ah!, la extrema derecha, en fin, ya sabe, la extrema derecha.

-Ah!, la extrema derecha, en fin, ya sabe, la extrema derecha.

-Ah!, la extrema derecha, en fin, ya sabe, la extrema derecha.

El reloj de la Moncloa atrasa unos cuantos años. Sánchez deambula ya con cara de zombi rumbo al gran trastazo de las elecciones andaluzas. Toda su artillería dialéctica se reduce, en estos momentos de zozobra mundial y de angustia nacional, a jugar con esos viejos clichés ya desgastados, esa retahíla de eslóganes tumefactos sobre Vox, el fascismo, la alerta democrática y hasta la Gurtel. ¿Se puede ser más mediocre? ¿Se puede estar más despistado? Semejante actitud evidencia su absoluta desorientación mental y su enorme confusión política. Alcanzada la velocidad de crucero de sus incohe-

rencias, llegó incluso a airear con singular desparpajo los casos de las mascarillas y las comisiones en Madrid, a lo que le recordó Núñez Feijóo, con su natural ponderación, quien tiene imputados es el Gobierno, y no uno o dos, sino cuatro. No se puede afrontar con semejante indolencia, falta de prepara-



ción, escasez de datos, frivolidad de actitud y orfandad de recursos una entrevista en un momento crítico para el país.

¿Nadie en su entorno de confianza es capaz de decirle que con semejante palabrería, inconexa y desnortada, transmite la imagen de

un dirigente gagá, fuera del mundo, negado para percibir las verdaderas urgencias que tiene planteadas España, que muy poco tienen que ver con si el PP pacta con Vox o si el alcalde tiene un primo que una día le pasó un mail a un comisionista hortera?

«El negro batallón avanza por la llanura», advierte Séneca. El presidente, temeroso de que su tiempo concluye, se revuelve en forma desordenada contra su destino. Desprovisto de armas poderosas, de recetas infalibles, se aferra a tres viejas fórmulas, potriñosas y oxidadas, que en su día funcionaron como eficaz hechizo: Recortes, corrupción y Vox. Momentos antiguos que dieron razón y relieve a tales palabras. Todo eso ya pasó. Ya sólo le queda emprender al arte de la huida, si es que atendiera el consejo de Plutarco.

* * *

El señorito de comisiones

Me extraña que una administración seria, con el alcalde ajeno y lejano a toda sospecha, confíe en un comisionista que no ha hecho otra cosa en su vida que el vago, vivir del cuento y mantenerse en el mundillo del corazón

Alfonso Ussía (*El Debate*)

No de Comisiones Obreras, aunque por gandul podría figurar en su cúpula de vagos profesionales. Me refiero a las comisiones del comisionista, una nueva actividad que produce muchos beneficios sin apenas esfuerzo y trabajo. Escribo con conocimiento de causa porque en mi familia, en dos generaciones, se perdió todo lo que las anteriores ganaron con riesgo, inteligencia y perseverancia. Mis antepasados crearon y mantuvieron más de diez mil puestos de trabajo, pero la indolencia terminó triunfando, y todo lo que tenía mi familia pasó a quienes trabajaron de verdad. En aquella España no estaba bien visto trabajar en determinada clase social.

Un gran escritor sevillano con título nobiliario se vio obligado a avalar el negocio que le propuso su hijo. Lo hizo con temor y desconfianza. Además de un gran escritor era un prestigioso agricultor, y conocía lo mucho que costaba

sacar rendimientos de la cabeza y el campo. El negocio de su hijo fracasó, y como avalista, el gran escritor, académico y agricultor tuvo que hacerse cargo de todas las deudas. Superadas las angustias, habló con su hijo, que con independencia de su fragilidad mercantil, era un tipo formidable, ingenioso y abierto. «Hijo, prométeme que, a partir de ahora, vas a hacer lo que hacen muchos señoritos de Sevilla», «¿y qué hacen, padre?»; «pues eso, nada, nada y nada».

Lo mismo de Sevilla, que de Madrid, de Barcelona, de Valencia o de Bilbao. El señoritismo se atribuye a los sevillanos y jerezanos porque no han tenido complejos. Pero en Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao miles de señoritos



acomplejados han hecho lo mismo, nada, nada y nada, que los sevillanos, aunque con menos gracia y talento. El personaje señoritil de Miguel Delibes en *Los Santos Inocentes* no ha existido. Se trata de una parodia, una caricatura amarga dibujada por el ingenio de un formidable escritor de la Alta Casti-

lla, tierra extensa de mística, gloria y pobreza, en la que el señoritismo es una extravagancia y no una realidad.

En la actualidad, los nobles trabajan como cualquier otro, y triunfan y fracasan como los demás. El señorito rentista es una especie que se extingue, y que no está protegida porque no mata terneros y ovejas, como los lobos. Pero quedan personajes, muy conocidos por sus apariciones en la prensa y los programas de televisión dedicados a los «famosos», que no trabajan, pero viven de percibir comisiones. Siempre, al lado de ellos, se mueve el listo de turno, que se aprovecha de la inanidad del famoso para llevarse más de la mitad del pastel.

Entiendo el desconcierto y los errores que muchas administraciones padecieron al principio de la pandemia con las dichosas mascarillas. Se dice que un conocido del ministro Ábalos se embolsó varias decenas de millones de euros en comisiones por su oportunismo o sus amistades. Recuérdense las mascarillas de Revilla, que más que rechazar al virus le invitaban a ser recibido con todos los honores. Muchas de las irregularidades se cometieron por la precipitación y las prisas, además de la influencia política de los comisionistas. Los españoles sufrimos un largo período de prisión hogareña, considerado ilegal por el TC y el TS, y esperamos media eternidad a que llegaran a las farmacias las mascarillas adecuadas, que tampoco se sabe si han sido las adecuadas o no. Pero me extraña que una administración seria, con el alcalde ajeno y lejano a toda sospecha, confíe en un comisionista que no ha hecho otra cosa en su vida que el vago, vivir del cuento y mantenerse en el mundillo del corazón por ser nieto de la duquesa de Medinaceli, hijo del duque de Feria y de Nati Abascal, y nada más en su haber. El alcalde Almeida está siendo señalado y perseguido injustamente por un asunto menor al que se le ha concedido por

los medios de comunicación subvencionados y afines al Gobierno, el más corrupto de nuestra Historia, una valoración de alta gravedad.

Y todo por un memo, modelo eventual, nieto de, e hijo de, que no ha hecho en su vida nada, nada y nada, excepto aprovecharse de lo que fueron sus antecesores. El chico tendrá que dar explicaciones ante el juez, y los responsables del Ayuntamiento –todos los partidos, incluido Podemos aprobaron la operación–, están obligados a informar los ciudadanos. Un gandul profesional no puede derribar a un político honesto.

* * *

Feijóo el ultra; Sánchez el centrista

Parece claro que el objetivo principal de Pedro Sánchez va a ser empujar a Núñez Feijóo a la derecha, y el de éste no perder la verticalidad

Agustín Valladolid (*Vozpópuli*)

Cuando Juanma Moreno toque en breve la corneta y disuelva el Parlamento de Andalucía, empezará de nuevo el baile. Desde 2011 hasta la fecha, en España se han celebrado unos 36 procesos electorales, entre generales, autonómicas, municipales, forales, intraprovinciales y Parlamento Europeo. Más de tres elecciones por año. Este artículo también podría titularse «Érase un país atrapado en una urna». Vivimos en una campaña perpetua y por lo general emponzoñada en los últimos años por una polarización insufrible. Una combinación letal, uno de los gravosos lastres que en mayor medida contribuyen a cronificar los problemas estructurales del país y a frenar su progreso.

En el caluroso junio andaluz se volverá a poner en marcha la máquina de picar carne, si es que alguna vez ha estado parada. Después vendrán las municipales y autonómicas de la próxima primavera. Ya no habrá respiro, ni apenas espacio para los grandes consensos que necesita España hasta después de las generales de 2023. Y hasta ese momento, veinte interminables meses a contar desde ahora, si no hay adelanto, lo más probable es que los españolitos tengamos que asistir al espectáculo banal, y por tanto inadmisibile en estas circunstancias críticas, de la descalificación simplona del adversario como mejor método de persuasión electoral.



Parece claro que el objetivo principal de Pedro Sánchez va a ser empujar a Núñez Feijóo a la derecha; y el de éste no perder la verticalidad. Andalucía será el primer asalto de una pugna que se prevé larga e intensa, y en el que ambos contendientes se juegan mucho más que una derrota parcial. Descartada la victoria, Sánchez sueña con que Andalucía sea la segunda temporada del culebrón «PP-Vox, matrimonio de conveniencia». Una especie de Castilla

y León 2, pero sin que el nuevo PP esté en disposición de echar mano, como prueba de descargo, de la herencia de Casado. Y es que las andaluzas pueden ser para Feijóo unas elecciones trampa. Puede ganar, pero sobre todo tiene mucho que perder.

Mi opinión, sin duda discutible, es que Feijóo no puede acceder a que en Andalucía se forme un gobierno PP-Vox, al modo castellano-leonés, si quiere ganar con cierta holgura las elecciones generales. Antes que eso, repetición



de elecciones. Salvadas las distancias, Feijóo no debe caer en el «síndrome Rivera» y defraudar en Andalucía las expectativas que ha despertado. El éxito de Feijóo no es gobernar Andalucía, sino abrir una vía de escape en el frente de la polarización y conquistar espacios habitualmente ocupados por el PSOE. Y eso no

pasa precisamente por encamarse con Santiago Abascal, que es el anhelo de los estrategas que elaboran en Moncloa los argumentarios para el presidente del Gobierno.

Más de uno debió quedarse ojiplático el pasado lunes cuando, en la entrevista con Susana Griso, le oyó decir a Sánchez que su apuesta es un gobierno de coalición «con lo que representa Yolanda Díaz». ¡Qué estupidez! ¡Qué manera de estrecharse el campo de juego! No del todo. Ni tanta estupidez ni tanto estrechamiento. Se llama voto útil. Feijóo quiere ser el beneficiario de todo el voto que aspira, desde el centro a la derecha, a expulsar al sanchismo del poder; y el líder del PSOE a hacer lo propio en el centro-izquierda. Claro que para que esa operación le salga bien, Sánchez tiene que sacar a Feijóo de la centralidad y para eso necesita que Vox juegue un papel relevante en la ecuación.

Feijóo se la juega en Andalucía, y el modelo, eso parece obvio, no es Castilla y León. Pero tampoco conviene mirar para otro lado y negar la realidad. Vox existe, es un estado de cabreo, real, tangible, imposible de soslayar. Lo que hay que tener claro es cómo manejar ese estado de cabreo; cómo moderar a quienes, caso de Isabel Díaz Ayuso, corren el riesgo de sobrepasarse en el empeño, ahora sin duda contraproducente, de marcar en exceso perfil propio; cómo impedir que otros, compañeros o adversarios, condicionen, hasta desfigurarlo, un liderazgo que, hoy por hoy, parece la única expectativa razonable, y factible, de alternativa de gobierno.

La postdata: Elena Collado y el periodismo de trincheras

Manuel Cruz, catedrático de Filosofía que fuera por un tiempo breve presidente del Senado, escribía en *El País* que «la proliferación de diarios digitales o el enorme auge de las redes sociales han modificado de manera notable no solo el espacio sino también la calidad de la comunicación. El resultado de la articulación de ambas transformaciones –añadía– es que se ha desatado una

descontrolada lucha por la vida en el espacio comunicacional». Cierto. Descontrolada y perversa. Sobre todo por el daño que hace al periodismo y a los periodistas.

En estos días hemos tenido algún llamativo ejemplo de esa perversión. Ciertos colegas, de ciertos medios, han situado en la misma línea de fuego al presunto ladrón y a la víctima. Sin matices. Sin hacer el menor esfuerzo por situarse en el lugar de la aludida, en este caso la coordinadora general de Presupuestos y Recursos Humanos del Ayuntamiento de Madrid, Elena Collado,



una servidora pública con una larga trayectoria de servicio cabal y eficaz que, en lo más duro de la pandemia, le robó horas al sueño para garantizar la provisión de mascarillas que se necesitaban en los servicios públicos, y de cuya buena fe, y de las urgencias de momento, se

aprovecharon dos auténticos granujas que están siendo investigados.

Pero lo triste no es solo la falta de profesionalidad de quienes no han hecho el menor esfuerzo por contrastar hechos y sopesar el contexto. Lo más triste es la certeza de que si Collado trabajara en una institución gobernada por el PSOE los que la habrían acribillado habrían sido otros. Porque al descontrol que denuncia Cruz hay que añadir el agravamiento de otro de los tumores malignos que amenazan con derruir esta profesión: el aumento del sectarismo, de la prevalencia de las consignas partidarias frente a la verdad, del convencimiento de que no hay nada que hacer si no estás alineado y formas parte de una trinchera.

* * *

Rincón del fraude y otros barullos

Pedro Sánchez regala 3,4 millones en «ayudas» a la empresa del condenado Jordi Cuixart

De acuerdo a los registros del Sistema Nacional de Publicidad de Subvenciones y Ayudas Públicas, la empresa del independentista se benefició con jugosas ayudas de las arcas públicas españolas.

Jose Antonio González Gómez (*Periodista Digital*)

Es lo que ha obtenido del Gobierno de Sánchez Jordi Cuixart, que fue condenado por el Tribunal Supremo a nueve años de prisión por sedición por su implicación en el referéndum ilegal del 1 de octubre pero indultado por la administración de PSOE-Unidas Podemos.

De acuerdo a los registros del Sistema Nacional de Publicidad de Subvenciones y Ayudas Públicas, la empresa del independentista se benefició con jugosas ayudas de las arcas públicas españolas.

Aranow Packaging Machinery, empresa de Cuixart, ha recibido en total 3.386.852 euros en ayudas estatales para hacer frente a los «efectos de la pandemia», a través de siete avales del Instituto de Crédito Oficial (ICO), que depende del Ministerio de Asuntos Económicos, más una garantía de la Compañía Española de Reafianzamiento, del Ministerio de Industria y otra ayuda el



Centro para el Desarrollo Tecnológico Industrial del Ministerio de Ciencia, detalla *OK Diario*.

La compañía, fundada por el catalán en 2003, y que se dedica a construir máquinas de embalaje, recibió las primeras ayudas el 6 abril de 2020, en el inicio de la pandemia del coronavirus.

Fueron dos transacciones por 600.000 euros y 400.000 euros, detalladas como «avales a financiación a empresas y autónomos concedidos por el Ministerio de Asuntos Económicos y Transformación Digital para paliar efectos del Covid-19, gestionados por el ICO por cuenta del Ministerio».

Dos semanas después, el 20 y el 21 de abril la empresa recibe otros dos depósitos por 160.000 y 240.000 euros respectivamente, con la misma convocatoria. Luego, el 16 de mayo reciben otros 200.000 euros, procedentes del Ministerio de Industria, Comercio y Turismo y la Compañía Española de Reafianzamiento.

A penas unos días después, el 21 de mayo, Aranow Packaging Machinery recibe otros 120.000 euros del ICO. Las últimas dos aportaciones del organismo fueron 400.000 euros, entregados el 6 de julio de 2020 y otros 600.000 euros, en una transacción con fecha del 5 de mayo de 2021.

Por si fuera poco, la empresa de Cuixart obtuvo un total de 586.852 euros – con 176.055 euros a fondo perdido–, procedente del Centro para el Desarrollo Tecnológico Industrial (CDTI), que responde al Ministerio de Ciencia, catalogada como una ayuda para impulsar la innovación y el desarrollo (I+D).

* * *